



Si Cristo no hubiera resucitado, nuestra fe sería vana

Una fiesta sin cohetes

Hugo Estrada
limana@hotmail.com



Algunos abren desmesuradamente la boca cuando oyen que el acontecimiento más grande de la historia cristina es la resurrección del Señor.

Es cierto que para la Nochebuena hay más licor, luces de colores, regalos y copas de champán. Pero nada hubiera significado para la humanidad que Cristo hubiera nacido, si después moría como todos los demás. Lo más sorprendente y espectacular en la vida de Cristo es su resurrección. En las fábulas de los poetas abundan los casos de personajes que resucitan después de años de muertos. En la historia de la humanidad, la resurrección

del Señor es un hecho aislado, fuera de serie, no reiterable.

Los más incrédulos

Al meditar en el Evangelio, hay algo que sorprende. Precisamente a los más íntimos amigos de Cristo se les hace cuesta arriba creer de buenas a primeras que Jesús ha resucitado. La Magdalena, al encontrar el sepulcro vacío, no piensa en la posible resurrección del Señor, sino en que se han “robado” el cuerpo del Maestro. Los temerosos apóstoles, al ver aparecer, sorpresivamente, al Señor entre ellos, lo creen un “fantasma”, un producto de su acongojada y titubeante fantasía. Los caminantes que van a Emaús, comentando el “fracaso” de la muerte de Cristo, no se per-

catan que el viajero que se les ha juntado durante el camino es el mismo Cristo que les demuestra cómo las Escrituras afirmaban que el Mesías no podía quedar sepultado para siempre. Tomás, el apóstol, rehúsa empedernidamente creer que Cristo ha resucitado, aunque se lo afirman categóricamente todos los demás apóstoles.

La actitud de incredulidad de todos estos individuos es hasta cierto punto psicológicamente comprensible, pues a ellos les tocaba ser los primeros que se abrirían a una experiencia única en la historia de la humanidad. Los niños cuando aprenden a caminar, tropiezan y caen repetidas veces; para ellos es algo nuevo, inusitado el poder dar un paso. Los discípulos, en aquel

momento crucial de su vida, eran niños que aprendían a caminar por un terreno inexplorado y por eso se resbalan en su incipiente fe.

¿Ilusos?

Fue San Pablo quien escribió aquella frase lapidaria en los anales del cristianismo: “Si Cristo no hubiera resucitado, nuestra fe sería vana”. Traducido a nuestro lenguaje equivale a afirmar que si Cristo no hubiera resucitado, los cristianos seríamos los más ilusos del mundo, si creyéramos cosas impenetrables y nos echáramos encima cargas que pesan y hacen sudar, sobre todo en algunos momentos cruciales de la vida. Pero los cristianos no somos ciegos que avanzamos envueltos en las tinieblas de la ingenuidad. Al resucitar Cristo, probó con precisión lógica que era Dios. Si era Dios, no podía ser un mentiroso que nos viniera a contar historietas de miedo y fábulas de ultratumba.

Desde el momento que sabemos que Cristo es Dios, entramos en la seguridad más absoluta de que todas y cada una de sus palabras son limpias, verdaderas, divinas. El aseguró que era camino, verdad y vida. Por eso es que, cuando seguimos a Cristo, sabemos que vamos tras el camino que nos conduce a la verdad para nuestra vida eterna.



En la historia de la humanidad hubo varios fundadores de religiones más o menos buenas; aparecieron grandes maestros de espiritualidad. Algunos hasta llegaron a sostener que eran enviados de Dios. Pero un día la pala del sepulturero les echó encima unos cuantos metros de tierra, y desde sus tumbas sólo nos responden con el más absoluto silencio.



José de Arimatea tenía la mejor buena voluntad cuando regaló un sepulcro nuevo para Cristo. Pero este buen rico no había caído en la cuenta de que Jesús no necesitaba de una tumba, pues Dios no vino al mundo para que lo enterraran.

La Pascua

Para los judíos del Antiguo Testamento, la fiesta de Pascua era una celebración de regocijo. Recordaban el día memorable en que el Señor los había librado de la esclavitud de Egipto. Para los cristianos del Nuevo Testamento, la Pascua de resurrección es la fiesta más grande del año. No hay en ella tantas luces de bengala y chisporroteo de cohetillos, ni opíparas cenas como en Navidad; pero en el ambiente flota una idea de puro misticismo, de certeza en una Verdad, que hace pensar en una eternidad celeste.

El sepulcro vacío de Cristo es el reto más grande a la muerte. De

Para los cristianos, la Pascua de resurrección es la fiesta más grande del año. No hay en ella tantas luces de bengala y chisporroteo de cohetillos, ni opíparas cenas como en Navidad; pero en el ambiente flota una idea de puro misticismo, de certeza en una Verdad, que hace pensar en una eternidad celeste.

esa cóncava oscuridad brotan bocanadas del más puro optimismo, de la esperanza más alentadora. Desde aquel entonces, la muerte dejó de ser el “cuco” de los hombres. Para los cristianos la muerte se asemeja a una aduana; para el turista es el momento molesto en que se pierde tiempo en control de pasaporte y registro de equipaje. Pero el turista sabe que, al salir del aeropuerto lo espera una ciudad desconocida que tanto ha ansiado conocer. La muerte es para todo ser humano un mal rato. El cristiano, sin embargo, sabe que tras los cristales de la muerte está Cristo resucitado que espera desde hace siglos, como anfitrión impaciente, la llegada de los invitados.

